



De literatura y arte

REVISTAS RAPIDAS

De un libro de simple propaganda — algo así, aunque de más vuelo, como guía ilustrada, folleto de ilustración, etc., — Manuel Bernárdez, el conocido escritor-poeta, ha hecho una interesante y soberbia obra literaria, destinada á vida más rumbosa y eterna que la que se concede á las publicaciones de aquella índole. Lograr una copiosa recopilación de datos es empresa fácil si se tienen libros de consulta á mano: la tarea de interpretar y reproducir las sensaciones exactas que el alma siente ante tal ó cual espectáculo humano, es también sencilla y hacendera... cuando se es artista de cabeza y corazón. Tame lo es, por ejemplo, en sus estudios sobre arte; Alarcón, en su Viaje de Madrid á Nápoles; Pereda, en *Peñas arriba*, etc., etc.— *De Buenos Aires al Iguazú*—impreso en magnífico papel, con llamativa portada y magníficos y abundantes grabados—es mucho más, realmente, que una serie de apuntes sueltos para ilustrar al viajero, ó un toque de alarma para despertar en el ánimo del *touriste* el aguijón de la curiosidad: es la vibración espontánea de un espíritu deslumbrado y sorprendido ante las maravillas de la Naturaleza, la historia emocionante de un viaje maravilloso á través de una imaginación prodigiosa, de un cerebro robusto, de un temperamento artístico de primer orden. Hasta los períodos estadísticos—el desesperante desfile de números—son períodos que Bernárdez convierte, por la magia de su estilo, en páginas de una sugestividad admirable. Habrá—y el mismo autor lo declara,—obras más completas, más serias, más detenidas sobre Misiones que la suya, pero seguramente ninguna tan fácil de leer, tan entusiasta, tan llena de colorido impresionista como *De Buenos Aires al Iguazú*. Los viajes que abren surco en la memoria son los que resultan *amenos*, tanto en el fondo como en la superficie, y ningún libro de excursionista resiste la lectura del más paciente *amateur* si no trae en sus páginas mucha dosis de aquella esencial condición. Bernárdez tiene, entre otras diversas y muy valiosas cualidades, la de ser ameno siempre. Escritores hay que, con un talento ámplio y una pluma fácil, no *saben* dar á sus producciones el interés que es á la literatura lo que salsas á las comidas: el estimulante poderoso que las hace gratas al paladar. En todas las producciones de Bernárdez se encuentra siempre algo original, algo nuevo —aquí una frase elegante, allí una idea atrevida, más allá una imagen de estructura rara—algo que esterioriza, contra la voluntad del escritor muchas veces, la gestación incesante y feliz en que se agitan espíritu y cerebro. Páginas hermosas, de colorido robusto, se encuentran á montones en su libro, que más que libro y que crónica, puede y debe considerarse como una agrupación de cuadros magníficos, trazados á grandes pinceladas, si se quiere, pero con toda la maestría y cariño de quien no sólo moja sus pinceles en la pródiga paleta, sino que los tañe antes en las fuentes fecundas de su inspiración y entusiasmo: El lector exigente encontrará exceso de esbozo, exceso de manchas inconclusas, y echará de menos, quizás, en algunos pasajes, el ambiente apropiado que la pintura de

algunas escenas de costumbres exige, pero para compensar esa rapidez de impresiones, natural en una obra escrita en las condiciones de la de Bernárdez, el autor ha puesto descripciones espléndidas como la titulada "Lo que dicen los árboles" de una novedad *sui generis*, y fantásticamente soberbias como todas las que abarca el capítulo relativo al "País de las Cataratas". Eso es deslumbrante, de observador potente, de poeta de alto vuelo, que no se satisface con gustar lo que ve, sino que ahonda en las cosas para descubrir lo oculto, y que al mismo tiempo que narra las encontradas sensaciones recogidas en su excursión, desde la capital argentina hasta el Iguazú, cuyas cataratas le sorprenden y extasian con sus sesenta metros de altura y sus cuatro mil de desarrollo, canta un himno de alabanzas á la Naturaleza madre y un himno de gracias á la Fuerza misteriosa que crea aquel prodigio. Se podrá ser más minucioso, más observador que esto, pero nunca más ameno, más sugestivo. Leer y ver el libro de Bernárdez, en su texto y en sus ilustraciones, es realizar el viaje al Iguazú, económicamente—quinientas leguas de camino pintoresco por muy poco dinero—y sentir las mismas impresiones, las mismas ansias, las mismas sorpresas del escritor-poeta. Vale la pena la excursión, aunque sea imaginativa. Y vale, entre otras, por estas dos razones de peso: porque llegamos á sentir, los que en América vivimos, cierta lástima y desprecio por las hasta ayer altivas cataratas del Niágara, á las que aventajan las del Iguazú en más de once metros de altura y en dos mil cuatrocientos de desarrollo,—y porque se asiste al interesante proceso que provoca en el alma de un verdadero artista de la palabra escrita el estupendo anfiteatro de las cascadas, "con su estruendoso dislocamiento de violencias, su amontonamiento de saltos, sus fieros brincos de jaguar, y sus cien arcos iris extendidos sobre el cuadro como otros tantos puentes de paz"...

Impresa en París, en la casa Garnier. Rubén Darío acaba de enviar á estos países, donde tantos entusiasmos ha provocado y tantas inteligencias ha pervertido, un nuevo y sabroso fruto de su talento. Titúlase el libro, "España contemporánea" y es un resumen, escrito con la flexibilidad y talento que marca siempre la producción del autor de *Los Raros*, de las impresiones — buenas las unas,



desagradables las otras. pe-
simistas aquéllas,—que su
espíritu sensible ha recogido
del estado actual literario.
pólitico, artístico, social, et-
cetera, de la madre patria.
Ninguna de las páginas es
nueva para nosotros, no
obstante la novedad litera-
ria que de ellas surge. Rubén Da-
rio nos las ha ofrecido ya en for-
ma de amenas correspondencias,
que un diario de Buenos Aires publi-
có, y que aquí, en Montevideo, se
han reproducido en su casi totalidad.
Es manjar conocido, poco, aunque no
por eso menos apetitoso. A pesar de
esta última condición, el libro no será
causa de entusiasmos ni de discusio-
nes más ó menos apasionadas, ni al-
bortará á la familia *decadentista, moder-
nista*, etc. etc., que se nutre con ilusiones
en Buenos Aires, enemiga de todo lo que
á lógica huelva. En *España contemporánea*,
Rubén Dario es el Dario de la primera
época de su vida literaria, ajeno á toda
moda ridícula, espontáneo, original por
cuenta propia, sensato, artista, en una
palabra, que dice cosas muy bellas y
muy justas sin rebuscamientos de mal
gusto y que es elegante hasta cuando su
pluma se convierte en espada que corta,
ó rayo que fulmina. Son páginas hermosas casi
todas las de ese libro, y, especialmente, el es-
tudio de Castelar, serio, profundo—quizás el
estudio más serio y más profundo que se haya
escrito en España con ocasión de la muerte del
ilustre orador. Y por eso, seguramente,—porque
son claramente hermosas, como mañanas de
primavera, limpias de todo barniz modernista.
—es que entre la gente nueva de la vecina re-
pública no sonará ni á cascabeles, ni á cam-
panas, ni á flautas, ni á trompetas el nuevo y
jugoso libro de Dario. En cambio, él producirá
impresión, y quizás levantará roncha, en
España, donde fué escrito.

La Pardo Bazán ya se ha ocupado de él, con
amable frase, diciendo "que es un espejo donde
se contemplan los españoles para interpretar su
fisonomía moralista, su *facies* poco tranquilizadora
para el pronóstico del porvenir." Y *Clarín*,
el temido crítico gallego, á quien Dario debe
muchos saetazos y muchas caricias también,
ha escrito un largo artículo á propósito de la
referida obra, en el cual, como en todo lo que
sale de la fecunda y acerada pluma del cate-
drático de Oviedo, hay una mezcla completa
de elogios y censuras, de miel y de ácido,—mez-
cla que á muchos parecerá extraña y propia
solamente de temperamentos mezquinos, y que
á mí se me antoja como el único procedimiento
acertado para ofrecer la verdad tal como surge
del fondo del espíritu. El inconveniente eterno
de Dario,—el amor desmedido á la forma fran-
cesa, (á la mala forma, seguramente)—que le
lleva hasta el extremo de poner este título al
frente de uno de sus capítulos: *Certámenes y
exposiciones*,—así, con *t*—arranca á *Clarín* una
censura agria. "Pensar, sentir, querer... ya to-
dos, ó muchos, sabemos hacerlo en *europo*, más,
en *universal*, si cupiera hablar así—dice. Pero
lo universal (que no es lo parisiense) debe
cada cual si tiene algo sólido, original, dentro,
sentirlo, pensarlo y expresarlo de manera que
revele más las influencias naturales sanas, co-
mo las de raza, nación, tiempo, etc., que
enfermizas y violentas sugerencias circunstan-
ciales." En el capítulo de los elogios ha de-
jado caer *Clarín* este párrafo, de oportunidad
rioplatense: "Todas aquellas diabluras de la
poesía azul, y los pósticos, y el apostolado de
los nenúfares eran en Dario superficial capri-
cho, picaresco y gracioso en el fondo, que le dio
ocasión para adquirir mucha fama entre el pú-
blico internacional de los pobres muchachos his-
panoamericanos y que le sirvió para hacer jue-



gos malabares de relativo
mérito. Hoy, escribiendo,
en español casi siempre, con
seriedad y perspicacia, de-
muestra que él podrá dar
el espaldarazo á los tontos
liliales, pero que por su
cuenta nunca veló las ar-
mas de tan disparatada ca-
ballería."—No creo yo—y esto
va dicho sin intento de descono-
cer la opinión del severo crítico
español,—que Rubén Dario declara-
se su amor al decadentismo como
pudiera hacerlo á cualquier mujer de
conquista fácil—por puro pasatiem-
po. Nunca paladín más esforzado de-
fendió con más denuevo *los colores de
su estandarte*, y jamás apóstol de una
religión luchó con más tenacidad pa-
ra imponer á los cerebros jóvenes la que
él creía idea salvadora de la América
intelectual. Si se ha separado de la sen-
da peligrosa á que le arrastró su amor
á la moda francesa es porque, espíritu
elevado y talento robusto, se ha dado
cuenta al fin, y á tiempo, de que todo
aquello de refinamientos, quinta esencia y
rebuscamientos de forma que hacían in-
comprensible todo pensamiento, por más
sauo que él fuere, eran tendencias vacías
y esfuerzos vanos, á pesar de la ridícula
pretensión que traían de abarcar todas las ver-
dades filosóficas y todos los problemas literarios
del momento presente y del porvenir.

El tiempo es la podadera más segura y eficaz
para ciertas exuberancias inútiles de follaje y
es muy posible que á estas horas esté á punto
de convencerse Dario—si es que ya no está
plenamente convencido—de que no decía un
gran disparate Leconte de Lisle cuando decía
que "el decadentismo y el simbolismo consti-
tuían una aberración y un eclipse del buen sen-
tido"... Tarea interesante sería determinar aho-
ra el grado de culpabilidad que al autor de
Azul corresponde por los males causados en
el campo juvenil de una parte de América y
por el abandono en que deja á los escasos es-
píritus que aun permanecen fieles á la escuela
literaria que él proclamó única como humana y
como bella y de las que reniega con su último
libro...

Errata de erratas: En la anterior revista se
deslizaron nuevos errores. Unos versos de Cho-
cano, referente á Bolognesi, que decían:

.....el viril guerrero
que, suspensos entre el cielo y el Océano,
resucitó la gloria del acero
que gozaba al sentirse entre sus manos,

aparecieron como cosa mía, perdidos en la ma-
ciza composición de un párrafo, sin unas ma-
las comillas siquiera. Que conste que pertene-
cen al inspirado poeta limeño. Y que conste
también que un Wissemian, que aparece como
autor del *Fabiola*, no es el Wissemian que yo
cité, y que apareció desfigurado por arte y gra-
cia del cajista compositor.

Edo. Ferreira